

Hormona, un neologismo fruto de la colaboración de distintos especialistas

Francisco Cortés Gabaudan

La historia de *hormona* está muy bien documentada y, por tanto, no vamos a aportar grandes novedades; en lo fundamental vamos a seguir *The History of Clinical Endocrinology*, de V. C. Medvei (1993²), que se puede leer parcialmente en Google Books. Es en gran medida una creación terminológica colectiva, en la que participaron varios investigadores, incluido un filólogo clásico, como sospechamos que ha ocurrido con muchos neologismos, aunque solo en contadas ocasiones podamos documentarlo.

William Bayliss y su cuñado Ernest Henry Starling eran dos fisiólogos ingleses que se especializaron en el campo, por entonces nuevo, de la endocrinología. En 1902 descubrieron una sustancia segregada por el duodeno que estimula la secreción de jugos gástricos en el páncreas y acuñaron un término para ella, *secretina*. De forma experimental demostraron que el páncreas liberaba esos jugos sin que interviniera ningún estímulo nervioso, sino por esa sustancia, que no procedía de ninguna glándula endocrina y que llegaba desde el intestino al páncreas por el flujo sanguíneo. El término *endocrino* resultaba inapropiado; se necesitaba una palabra para estos mensajeros químicos que provocaban respuestas fisiológicas a distancia y se acuñó en inglés, a partir del griego, *hormone*, que fue usada por primera vez por Starling en 1905, en una conferencia titulada «Chemical Correlation of the Functions of the Body» (publicada en *The Lancet* en ese mismo año). Sin embargo, aunque fue Starling quien introdujo el término en la comunidad científica, no fue él propiamente quien lo acuñó, porque la creación de este neologismo fue, como se ha indicado, un proceso colectivo. Starling aportó el concepto, que no es poco cuando se trata de una palabra, pero el término como tal se lo sugirió el biólogo William B. Hardy, que a la sazón estaba trabajando en Cambridge y le pidió ayuda a un filólogo clásico, especialista en la poesía de Píndaro, W. T. Vesey, que también trabajaba en un *college* de Cambridge. Fue Vesey quien sugirió usar el verbo griego *hormáō* ‘estimular’, ‘poner en movimiento’. Que hay un filólogo detrás de la palabra se nota en el hecho de que no se utiliza el lexema sin más, como suele ocurrir, sino la forma más apropiada de ese lexema, concretamente el participio *hormón*, que en griego viene a significar ‘agente que estimula’. Eso hubiera dado en inglés *hormon*; sin embargo, se utilizó la forma *hormone* por analogía con palabras químicas acabadas en *-one* en inglés.

El lexema griego elegido ya tenía cierta tradición en fisiología porque John Smith, 1630-1679, había hablado de las cualidades *horméticas* de los músculos, en cuanto que estimulan y permiten el movimiento. En médicos griegos comprobamos el uso del adjetivo *hormētik-ós* para hablar de las propiedades excitantes de determinados productos. Y de hecho, a partir, de 1943, según el *Oxford English Dictionary*, se habla en farmacia de *hormesis* y *hormético* para sustancias que tienen un efecto fisiológico beneficioso en una dosis pequeña pero son tóxicas a dosis más altas.